



Aspectos de la Guerra de la Independencia en **Molina de Aragón**

El devenir de la historia nos muestra como pueblos y zonas territoriales van adquiriendo una mayor importancia, van evolucionando y teniendo un peso específico cada vez mayor en el contexto nacional (a través de cambios estructurales - fundamentalmente económicos- o decisiones políticas) mientras otros quedan separados de las líneas de desarrollo y de los centros de poder y permanecen anclados, cuando no en retroceso, imposibilitados de coger ese difícil "tren del progreso" ni el real tampoco, porque la vía férrea no pasa por su territorio- resignados a ser pequeños centros de mínimos servicios para una escasa población distribuida en una amplia zona de agricultura extensiva. De las antiguas épocas de grandeza les quedan esbeltos castillos, escudos blasonados, palacios desvencijados, denominaciones de calles recordando florecientes gremios o personajes ilustres, multitud de campanarios y el recuerdo de un pasado más próspero y la memoria colectiva, muchas veces inconsciente, de haber representado un papel más activo e importante en las coordenadas históricas de otros tiempos.

Por lo general, estas zonas con personalidad propia y diferenciada tuvieron un momento decisivo en que todavía mostraron sus capacidades anteriores, su empuje y su espíritu de más altas empresas, al tiempo que manifestaban simultáneamente su impotencia económica o su debilidad política desenganchándose - casi siempre a regañadientes- de los motores que de la Independencia, comportándose primero como un ente territorial y político autónomo, con su propia organización, financiación y ejército dependientes únicamente de su Junta Suprema y que, al terminar la contienda, y por mor de su propia ruina y de las reformas que la nueva era precon-

zaba, pasó a ser una mera comarca más de la provincia de Guadalajara[1] (a la que pertenecía sólo desde la cercana fecha de 1802) suprimiéndose su Diputación y su aparato organizativo, representativo y hacendístico. Como dice SANZ y DIAZ, "mal empezó para el Señorío el período contemporáneo tras finalizar la Edad Moderna y entrar en la Nueva"[2].

La pretensión de estas líneas es comparar algunos hechos y, sobre todo, algunas realidades desde informaciones distintas. Es decir, despojados de todos los ropajes patrióticos y autolaudatorios, se va a intentar analizar, reflexionar y ver el grado de conocimiento o concomitancia que los franceses tenían del territorio molinés y su impresión sobre algunos aspectos del mismo en estas faenas bélicas, porque a veces se ha dicho -en mi modesta opinión sin razón- que Napoleón no tenía un conocimiento exacto de la situación real española, lo cual está en contradicción con los cientos de documentos e informes de esos años que se guardan en los Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores y del Ejército en París, que fueron enviados por una amplia red de funcionarios distribuidos por toda la nación y que son, en su mayoría y por lo que yo he podido ver, bastante acertados.

Sobre el levantamiento y la oposición anti-francesa que Molina mantuvo durante toda la guerra hay un excelente libro, que peca lógicamente de la deficiente metodología propia del momento historiográfico en que se escribió, pero que tiene la virtud de que transcribe, las más de las veces literalmente, documentos y textos de importantes fuentes que manejó su autor, tales como las Actas de la Junta, las Municipales, Memorias y cartas de protagonistas de aquellos hechos, la Gaceta y el Diario de Valencia, Sumarios judi-

ciales, etc. Este inapreciable trabajo de molinés Anselmo ARENAS, que era entonces catedrático de historia del Instituto General y Técnico de Valencia, fue publicado en 1913 y constituye hoy día una obra imprescindible y de obligada consulta para conocer la realidad histórica del Señorío de Molina en los primeros años del s. XIX [3].

Para alcanzar nuestros objetivos nos vamos a servir de este libro de A.ARENAS y de los informes que sobre la Molina alzada en armas existen en el Archivo del Ejército francés ubicado en el Château de Vincennes (París).

Centrándonos ya en la materia, lo primero que hay que constatar es el conocimiento que al mando francés tiene del territorio y de la población. Saben que el Señorío consta de unos ochenta pueblos situados en torno a su capital Molina, "villa mediana situada en una pequeña pero hermosa llanura", divididos en cuatro partidos o trozos que llaman Sesmas (sic) y que entre todos suman una población de alrededor de 4.000 vecinos [4]. En este tema apuntamos que el número de habitantes está infravalorado. En el Censo de 1797, Molina figura con 766 vecinos y el total estaba cercano a los 8.500 [5]. Con lo que podemos conjeturar que la capital andaría por los 3.400 o 3.500 habitantes y el total por los 35.000 aproximadamente. Pero después de esta fecha, entre 1803-1805, se produce una crisis de subsistencia acompañada por una mortífera epidemia de cólera que mermó notablemente la población. Esta peste, como solía ocurrir, desbordó las previsiones sanitarias y hubo que adecuar casas particulares para atender a los enfermos. En esta ocasión el noble D. Rafael Garcés de Marcilla cedió su casa de El Esquileo[6] como hospital de coléricos. La población quedó reducida,